

La guerra entre Estados Unidos y Rusia con epicentro de Ucrania

Carlos Fazio

Antecedentes necesarios

Es difícil no sentir que la humanidad y la madre tierra están siendo empujadas a la catástrofe por el hegemon del sistema capitalista, Estados Unidos, y sus aliados de la OTAN y la Unión Europea (EU). El actual caos global es producto de las políticas expansionistas de un imperialismo rapaz, neodarwinista, que desde el derrumbe de la ex Unión Soviética, en 1991, ha tratado de mantener un orden unipolar. Sin embargo, después de las guerras neocoloniales perdidas por EU y sus aliados en el Siglo XXI en Afganistán, Irak, Libia y Siria –y también en Cuba y Venezuela bajo la modalidad de la guerra no convencional–, la unipolaridad ha quedado seriamente comprometida tras la destrucción de países, economías y sociedades enteras –con su secuela de caos, miseria, hambrunas, muertes y refugiados–, y la emergencia a la escena mundial de China y Rusia, dos potencias que han establecido una alianza geoestratégica en materia militar, económica y financiera.

No está de más recordar que aparte de la actual guerra entre EU y Rusia con epicentro en Ucrania, existen otros 16 conflictos bélicos graves en territorios de Asia y África, que han sido prácticamente invisibilizados por la prensa hegemónica corporativa privada. Y que ahora que se desgastó la narrativa de la pandemia “apocalíptica” del virus corona, en un santiamén el imperio pasó a la nueva narrativa unificadora “Putin-nazi”.

EU y la OTAN necesitan mantener a las masas occidentales azotadas y en un estado perpetuo de histeria totalmente descerebrada y borracha de odio, ahora a los rusos, como antes a los no vacunados, a los negacionistas, a los teóricos de la conspiración, a los terroristas, a los populistas... Bienvenidos, pues, a la “nueva normalidad”. Solo que la quinta dosis llega ahora como una “vacuna” de la verdad de las Fuerzas de la Bondad (como llama CJ Hopkins a la alianza atlantista EU/OTAN), como un refuerzo de verificación de hechos de ARNm ideológico, chequeado para que sea “seguro y eficaz”.¹

Lo novedoso es que por alguna razón Rusia no quiere ser desestabilizada y reestructurada por el imperialismo global, y está actuando como un estado nacional soberano, que, además, a diferencia de la ex Yugoslavia, Afganistán, Irak, Libia y Siria, tiene armas termonucleares.

Cabe mencionar, también, que desde la disolución de la Unión Soviética y el llamado bloque socialista –que trajo aparejado el fin del Consejo de Ayuda Mutua Económica [COMECON], integrado por 11 naciones y una decena de observadores, entre ellos China y México–, la casi totalidad de los países del orbe funcionan dentro del sistema capitalista, aunque algunos tengan importantes sectores estatales en la economía y prioricen formas de propiedad social como sustituto a la propiedad privada en ramas de la economía. Pero, hecho clave, en prácticamente todos los países del mundo hay una intervención del Estado en distintos niveles de la planificación sectorial en las áreas industrial, energética,

1 CJ Hopkins, “¡La venganza de los Putin-Nazis!” eXtramuros, marzo de 2022.

comercial y de servicios, y de los sistemas financieros y monetarios, que han quedado fuera del control del imperio estadounidense y sus aliados (Gran Bretaña y la Unión Europea).

Desde comienzos del siglo pasado, en su fase imperialista monopólica, las potencias se han disputado mercados y materias primas. Y en la actualidad, uno de los ejes de la disputa intercapitalista se da en el mercado de la energía. En particular, el de los hidrocarburos (petróleo y gas). Ese es el foco de la actual guerra económica de EU contra Rusia, país que no representa hoy una alternativa socialista o anticapitalista.

La creación de redes de oleoductos y gasoductos en la región euroasiática por la ex Unión Soviética y Rusia abrió brechas geopolíticas entre Estados Unidos y Europa Occidental. Acostumbradas a poseer el control y la influencia política en la producción y distribución de la energía, mediante las sanciones y la coacción como parte de su *modus operandi*, sucesivas administraciones estadounidenses han perturbado las oportunidades a desarrollar un intercambio de energía fósil bajo condiciones de paz, estabilidad y equilibrio.

Desde finales de la Segunda Guerra Mundial, el excepcionalismo *estadunidense* y su identidad predatoria considera que las sanciones son recursos diplomáticos destinados a reforzar la posición de autoridad del imperio a través de medidas económicas ofensivas cuyo propósito es dañar la economía de sus adversarios potenciales.

En ese contexto, además de exhibir el espectáculo de *striptease* humanista y la hipocresía de EU como líder del “Occidente colectivo”, la invasión militar rusa a Ucrania el 24 de febrero de 2022 abre una nueva era geopolítica de signo incierto, que parece dibujar un nuevo orden tripolar (EU, China y Rusia) dividido en dos bloques hegemónicos: EU/OTAN/UE y el eje euroasiático: China, Rusia, Irán y eventualmente India y Pakistán, que se expresa en la etapa a través de uno de los mecanismos históricos centrales de la expansión imperialista: la guerra. La guerra en sus distintas variables (militar, híbrida, no convencional o de cuarta generación, guerra económica-financiera, incluida una eventual guerra con armas biológicas e incluso nucleares), impulsada por las corporaciones de las industrias armamentista, energética y de “reconstrucción” nacional, que además de azuzar factores étnicos e interculturales al interior de los territorios ocupados o en disputa, entraña el riesgo de una confrontación nuclear, limitada o total, que rompa con el principio de la “doble destrucción asegurada”, una sobrecapacidad de exterminio denominada también, durante la guerra fría, como el “equilibrio del terror” entre la OTAN y el disuelto Pacto de Varsovia.

No obstante, el ruido mediático y la descomunal guerra de propaganda y operaciones psicológicas (*pysop*) de Washington y sus “vasallos” (Zbigniew Brzezinski *dixit*) de Europa contra Vladimir Putin no logra difuminar la disputa entre un puñado de potencias capitalistas, sus monopolios industriales, financieros, tecnológicos y sus mafias criminales por el reparto de territorios, mercados y materias primas. En particular, en la coyuntura, el aniquilamiento geoestratégico por EU de uno de los dos máximos competidores por la hegemonía capitalista transnacional: Rusia, tercer productor mundial de petróleo detrás de Arabia Saudita y EU (representa 12% del comercio mundial de crudo), y su proyectada expansión energética hacia Europa a través del gasoducto North Stream 2.

Biden/Ucrania: ¿la cola meneando al perro?

Antes de que Putin lanzara la llamada “operación militar especial” sobre Ucrania, por motivos internos y externos la administración Biden y el *Estado profundo* que controla EU necesitaban fabricar otra guerra “caliente”. De allí que desde hacía un año la maquinaria mediática del *establishment* y sus socios subordinados de la OTAN habían venido manipulando e intoxicando a sus audiencias con el señuelo de una “invasión rusa” a Ucrania.

Alternada con la *sinofobia* bipartidista (republicano/demócrata, Trump/Biden), la rabiosa narrativa de saturación occidental con eje en la coyuntura en la demonización de Rusia (*rusofobia*) forma parte de la propaganda geopolítica de Washington y la OTAN en el marco de una guerra psicológica que ha sido definida por autoridades de Moscú como la “diplomacia del megáfono”.

En buen romance, y para refuncionalizar al actual sistema capitalista en crisis, la dictadura del pensamiento único neoliberal ha transitado muy rápidamente del laboratorio del totalitarismo seudomédico, patologizado, de los últimos dos años –que en el marco de un régimen de excepción cuasi universal engendró a la secta covidiana (C.J. Jopkins)–, hacia una nueva forma de violencia estigmatizante y de odio a Putin y Rusia, muy peligrosa, que busca aniquilar y humillar a quienes encarnan, mediáticamente, el mal total para Occidente.

No obstante, tras la puesta en escena de Ucrania –devenido en un Estado forajido controlado por autoridades neonazis al servicio de oligarcas mafiosos tras el golpe de Estado *made in USA* de 2014, e inundado de armamentos por un monto oficial de 650 millones de dólares por el complejo militar-industrial–, existen indicios de que desde hace meses los servicios de inteligencia (CIA, FBI *et al*) y elementos de las fuerzas de operaciones especiales (*Special Operation Force* [SOF] adscritos al Departamento de Defensa), junto con su brazo armado, la OTAN, estuvieron desarrollando “operaciones encubiertas” múltiples y simultáneas en Asia Central, con el apoyo clandestino de terroristas extranjeros “amigos” (mercenarios y paramilitares neonazis). Tales parecen ser los casos de sendos golpes de Estado fallidos bajo el formato de “revoluciones de colores” estilo Maidan en Bielorrusia, limítrofe con Rusia; Kazajistán, extenso territorio geográfico situado entre Rusia y China, con apoyo de Gran Bretaña e Israel, y en Kirguistán, ubicado entre China y Kazakstán.

En ese contexto de desestabilización regional, cabe recordar el discurso de Vladimir Putin ante la Asamblea Federal rusa en abril de 2021, donde sin mencionar específicamente a Occidente –y dirigido elípticamente a los “halcones” expansionistas de la esfera atlantista–, dijo que la política del Kremlin era “garantizar la paz y la seguridad para el bienestar de nuestros ciudadanos y el desarrollo estable de nuestro país”, (sin embargo), si “alguien no quiere... dialogar, sino que elige un tono egoísta y arrogante, Rusia siempre encontrará la manera de defender su posición”. Y subrayó: “No queremos quemar ningún puente. Pero si alguien percibe nuestras buenas intenciones como indiferencia o debilidad y pretende quemar esos puentes por completo o incluso volarlos, debe saber que la respuesta de Rusia será **asimétrica, rápida y dura**”. De manera sutil, ante la eventual utilización de Ucrania por EU como un “**instrumento de contención**” de Rusia (la vieja doctrina Kennan modernizada en los años 80 con el uso de los muyahidines de Osama ben Laden para empantanar a la Unión Soviética en Afganistán, remozada ahora con los neonazis de la

plaza Maidan), Putin advertía sobre el **poder disuasorio** de sus “Kalibrs”, “Kinzhals” y otras armas hipersónicas si las cosas se ponen difíciles.

Desde entonces, y ante la narrativa de la “invasión” repetida *ad nauseam*, Putin había venido proponiendo a Biden la firma de un **tratado vinculante** para garantizar la paz mediante el estricto respeto de la Carta de la ONU, y repitiendo las “**líneas rojas**” que Moscú no estaba dispuesta a que se franquearan. En particular, el ingreso de Ucrania a la OTAN y el emplazamiento de una infraestructura militar en los 2 mil km. de frontera común. La razón es sencilla: en los años 80 San Petersburgo estaba a casi 2.000 km. de la OTAN; si Ucrania entra a la OTAN, Moscú quedaría a 450 km. de los misiles estadounidenses. Es decir, a sólo 5 minutos. El acortamiento de la distancia entre misiles y objetivos implica que no haya posibilidad de una respuesta similar del otro lado. De allí que el vicescanciller Sergei Ryabkov, quien encabezó la delegación rusa en las conversaciones en torno a Ucrania en Ginebra, dijera que no confirmaba ni descartaba la posibilidad de **poner infraestructura militar en Cuba y Venezuela** si EU y la OTAN se expanden hacia el este de Europa. Por **razones de sobrevivencia**, y con base en el carácter indivisible de la seguridad (la idea de que no se puede fortalecer la seguridad de uno a costa de la de otro), Moscú trataba de mantener el “**equilibrio estratégico**” en la eurozona.

En una serie de intervenciones en febrero pasado, Putin aseveró que EU había prometido “no avanzar ni un centímetro hacia el este”, pero “nos vieron la cara y engañaron”;² que EU y la OTAN debían ofrecer “garantías vinculantes” de que pondrían fin a esa expansión en sus fronteras y, en especial, no admitir como nuevos miembros a Ucrania y Georgia,³ y que en caso contrario Rusia se “reservaba el derecho” de tomar “medidas técnicas y militares” para contrarrestar esas amenazas a su seguridad;⁴ que tras recibir un documento de 11 páginas donde se planteaba la suscripción de dos tratados vinculantes, Washington no dio respuestas constructivas, Rusia se vería obligada a adoptar dichas medidas; que la península de Crimea “es parte de Rusia y punto”, un “asunto cerrado”, “innegociable”.⁵

A su vez, la competencia intercapitalista entre el *team* “Estado Profundo de EU/OTAN” y China como potencia global y la Federación Rusa como potencia regional (unipolarismo vs. multipolarismo), incluía la amenaza occidental de más “sanciones” a Rusia y desconectarla del sistema Swift (red de mensajería que usan las instituciones bancarias y financieras). Y como advertimos 15 días antes de la invasión, el Departamento de Justicia de EU ya había aprobado dos paquetes de sanciones para frenar que entrara en funcionamiento el gasoducto Nord Stream-2, ya que sería el camino a una mayor integración económica de la Unión Europea con Rusia y pieza esencial del engranaje de una eventual alianza ruso-germana que desde hace años vuelve locos a los halcones de Washington.

Aparte de su sofisticado armamento y su capacidad tecnológica cibernética, lo que genera ingresos en efectivo a la economía de Rusia es **la demanda mundial de petróleo y gas**. Rusia es un actor estratégico en los mercados mundiales de energía: representa

2 Juan Pablo Duch, “EU prometió no avanzar hacia el este, pero ‘nos vio la cara’: Putin”. *La Jornada*, 2 de febrero de 2022.

3 Ibid.

4 Juan Pablo Duch, “Rusia se reserva el derecho a tomar medidas militares”. *La Jornada*, 18 de febrero.

5 Juan Pablo Duch, “EU prometió no avanzar hacia el este, pero ‘nos vio la cara’: Putin”. *La Jornada*, ya citado.

alrededor del 40 por ciento de las importaciones de gas de Europa (más del 50% en el caso de Alemania). De allí que el eje París/Berlín quería desescalar la crisis artificial ucraniana.

En 2015, industriales alemanes impulsaron el acuerdo entre la empresa estatal rusa Gazprom y cinco compañías inversionistas europeas (Royal Dutch Shell, E.ON, OMV y Engie) para construir NS-2, recientemente terminado, y verdadero objetivo estratégico de la guerra económica de EU contra Moscú. Según Washington, no se debía permitir que Rusia usara la energía “como arma para coaccionar o amenazar a sus vecinos”. Al respecto, cabe mencionar que en Foro Global de Energía del Atlantic Council en Abu Dhabi, en 2019, el ex subsecretario de Energía de EU, Dan Brouillette, dijo que Washington estaba utilizando su abundante suministro de hidrocarburos “como una herramienta de liberación, no de subyugación. Estamos liberando a amigos, aliados y socios comerciales de la dependencia de cualquier país que emplee su suministro de energía como arma”. Es decir, disfrazó la coacción con una supuesta “herramienta de liberación”, ya que según su lógica, ellos no emplean el petróleo o el gas como arma.

Por otra parte, EU vive una crisis de identidad con amagos de guerra civil a su interior, y Biden necesita recuperar su alicaída popularidad. Por lo que previo a la decisión de Putin de atacar a Ucrania, señalamos que podríamos estar ante una clásica operación de “menear la cola del perro” (*Wag the Dog*), es decir, una acción militar superflua para distraer a la opinión pública estadounidense ante una impresión masiva de dinero que enmascare el colapso económico que se avecina en EU.

Putin/Biden: la guerra y la geopolítica

A partir del 22 de febrero, en el marco de una **guerra proxy** (subsidiaria) que engloba a distintos actores o bandos armados del **conflicto interno ucraniano** (incluidos el ejército, milicianos de distintos signo, paramilitares de extrema derecha, neonazis y mercenarios) **como parte de una rivalidad entre potencias** y actores externos (los plutócratas del complejo militar-industrial-financiero-mediático de EU; los mandos de la OTAN; Gran Bretaña, la City y la industria armamentista; los tomadores de decisiones de la Unión Europea [Alemania y Francia]; Rusia y los magnates que rodean al Kremlin) en **un territorio de gran importancia geoestratégica y geopolítica**, el **ejercicio de poder duro** de Putin es una imagen espejada de lo que Washington y sus aliados atlantistas han hecho en diferentes partes del mundo en las últimas décadas.

Repetimos que durante meses Putin insistió diplomáticamente ante Biden y la OTAN un **estatus neutral para Ucrania** no diferente al que tienen Finlandia, Suecia, Irlanda, Austria, Suiza, Bosnia y Serbia (que no forman parte de la alianza atlántica). Como dijimos antes, su “línea roja” era Ucrania fuera de la OTAN y sin armas nucleares (igual que John F. Kennedy cuando la **Crisis de los Misiles soviéticos en Cuba, en 1962**). Y que se cumpliera el **Acuerdo de Minsk**. Si no, “**neutralizaría**” la amenaza en sus propios términos. No estaba blofeando. Y cuando el presidente ucraniano Volodymyr Zelensky solicitó en la **Conferencia de Seguridad de Munich** el rearme nuclear de su país, con base en la Constitución, Putin volteó el constructo estadounidense de la **Responsabilidad para Proteger** (R2P) a fin de frenar el “genocidio” de la población de habla rusa por fuerzas neonazis (“des-rusificación”) en **Dombás**, y tras avalar la independencia de las repúblicas populares de Donietsk y Lugansk el 21 de febrero, ordenó a las tropas rusas ingresar a

ambos territorios “en misión del mantenimiento de la paz”.⁶ Tres días después, la madrugada del 24 de febrero, Putin lanzó la ofensiva en el Donbás y advirtió que no dudaría en usar armas nucleares “contra cualquier país”; que quienes tuvieran la “tentación” de meterse en la situación tendrían una “respuesta inmediata”, de “consecuencias demoledoras que ni pueden imaginarse”. Y concluyó: “Estamos preparados para cualquier evolución de los acontecimientos. Todas las decisiones ya están tomadas y espero ser escuchado”.⁷

En los hechos, y más allá de los fundamentos jurídicos de Putin, el ejército ruso es una fuerza agresora: violó el artículo 2 de la Carta de la ONU que prohíbe la amenaza o el uso de la fuerza contra la integridad territorial de otro Estado soberano. Igual que antes lo hicieron EU y los expansionistas de la OTAN en Kosovo, Irak, Libia y Siria. Como señaló Noam Chomsky, la invasión a Irak fue un ejemplo de libro de texto de los crímenes por los que los nazis “fueron colgados en Nuremberg. Y un puñetazo en la cara a Rusia”. Pero eso no ofrece ningún atenuante a las operaciones “quirúrgicas” de “desnazificación” y “desmilitarización” ordenadas por Putin como “último recurso”.

En ese marco, hay que consignar que los flancos occidental y sur del territorio ruso han sido cercados por una vasta red de bases militares con misiles de la OTAN. Y existen pruebas de que Rusia fue sometida a una “guerra híbrida” por el *team* Estado profundo de EU/OTAN; una guerra *pysop* y de intoxicación propagandística que utilizó un set de herramientas ideológicas, comunicativas y económicas para imponer un sistema de valores, creencias, mitos, miedos y sentidos “comunes”, que derivó en la actual versión rusófoba y actualizada de la “noche de los cristales rotos” entre las buenas conciencias de los regímenes de excepción corona del “mundo libre”,⁸ con su proyecto securitario-digital-sanitario de vigilancia ubicua y su neo-orwelliano Ministerio de la Verdad: Putin igual a Hitler; un “paria” internacional, según vociferó Biden.

Como dato de contexto, está documentada la actividad desestabilizadora de EU en la “revolución naranja” (*golpe suave*) en Ucrania en 2004, mediante la intervención de varias agencias pantalla del Pentágono y la Agencia Central de Inteligencia (USAID, NED, IRI, NDI, Freedom House y la Open Society de George Soros). Y cuando sus resultados se revirtieron, en 2010, fue clave la intervención directa de la entonces subsecretaria de Estado, Victoria Nuland y del embajador de EU en Kiev, Geoffrey Pyatt, en la organización del “EuroMaidan” que derivó en un “cambio de régimen” de 2014. La BBC de Londres divulgó entonces la llamada telefónica donde Nuland, actual subsecretaria de Estado de

6 Juan Pablo Duich, “Putin avala independencia de Donetsk y Lugansk”, *La Jornada*, 22 de febrero.

7 Juan Pablo Duch, “Putin lanza ofensiva en el Donbás”. *La Jornada*, 24 de febrero de 2022.

8 La **noche de los cristales rotos** (en alemán, *Novemberpogrome 1938* o *Kristallnacht*) fue una serie de **linchamientos y ataques combinados** ocurridos en la Alemania nazi y Austria, durante la noche del 9 al 10 de noviembre de 1938, llevado a cabo contra ciudadanos judíos por las tropas de asalto de las SA junto con la población civil, mientras las autoridades alemanas observaban sin intervenir, siendo así **el mayor pogromo** en la historia. Presentado por los responsables nazis como una reacción espontánea de la población tras el asesinato, el 7 de noviembre de 1938, de Ernst vom Rath, secretario de la embajada alemana en París por un judío polaco de origen alemán, Herschel Grynszpan, los pogromos fueron cometidos por miembros de la Sturmabteilung (SA), la Schutzstaffel (SS) y las Juventudes Hitlerianas, apoyadas por el Sicherheitsdienst (SD), la Gestapo y otras fuerzas de la policía. Estos pogromos fueron dirigidos contra los ciudadanos judíos y sus propiedades, así como también la destrucción de las sinagogas de todo el país. Los ataques dejaron las calles cubiertas de vidrios rotos pertenecientes a los escaparates de las tiendas y a las ventanas de los edificios de propiedad judía.

Asuntos Políticos de la administración Biden, comentó a Pyatt que estaba “armando” una salida con la ONU al golpe en Kiev y “tú sabes, a la mierda con la UE” (*Fuck the EU*).

En respuesta a la imposición de un régimen de oligarcas cleptócratas en Kiev, con participación de los nacionalistas de ultraderecha del partido Svoboda (“Libertad”), los neofascistas del Sector Derecho y la fuerza paramilitar “Batallón Azov” (integrado como una unidad regular a la Guardia Nacional ucraniana) cuyo líder es Andrei Biletsky, “el Führer blanco”, Rusia tomó el control de Crimea (base de la flota rusa del Mar Negro) y apoyó la secesión *de facto* de las partes de habla rusa en la región de Donbás, al este de Ucrania.

Volviendo al eje económico-energético, el gasoducto Nord Stream II duplicaría el suministro de gas a Europa sin pasar por los países de tránsito tradicional, Ucrania y Polonia, y además haría de Alemania un poderoso centro de distribución de este recurso al resto de los países de la eurozona. Las proyecciones muestran la disminución gradual del tránsito de gas ruso a través de Ucrania hasta el año 2025. Según Betzabeth Aldana Vivas, el objetivo estratégico de EU en la confrontación de la OTAN con Rusia en lo relativo al gasoducto, es: 1) disparar los precios del petróleo y el gas con el objetivo de monopolizar el mercado petrolero y aislarlo del petróleo y el gas rusos; 2) el aumento en las ganancias por un tiempo prudencial de ese recurso, proporcionaría la inversión para nuevas tecnologías e innovación en materia de gas *shale* y 3) evitar que Alemania aumente su influencia en Europa.

A inicios de marzo, el ministro de Economía de Alemania, Robert Habeck, declaró que Alemania todavía depende de los combustibles fósiles rusos. Habeck expresó que no defendería un “embargo sobre las importaciones rusas de combustibles fósiles” e incluso que se “opondría... necesitamos estos suministros de energía para mantener la estabilidad de precios y la seguridad energética en Alemania”. De allí que sea incomprensible la postura de Alemania con EU dejando de lado su interés nacional. Hasta ahora, la dinámica de sanciones contra Rusia ha tenido como centro importantes bancos rusos, pero excluyendo aquellos asociados con las transferencias de pago al gas ruso.

A manera de conclusión, conviene recordar que en su clásico libro *El gran tablero de ajedrez: primacía estadounidense y sus imperativos geoestratégicos* (1997), el ex consejero de Seguridad Nacional de Jimmy Carter, Zbigniew Brzezinski, definió a Ucrania como un importante “pivote geopolítico” en el espacio euroasiático, y predijo que entre 2005 y 2010 ese país bisagra “debería estar listo para negociaciones serias tanto con la UE como con la OTAN”. Su pérdida, advirtió, tendría consecuencias inmediatas para Europa Central.

La maniobra de Putin, ahora, provoca fracturas y un replanteamiento estratégico del entramado económico-militar mundial. Surge una renovada arquitectura multipolar que parece proyectar una nueva zonificación de bloques económicos y comerciales, con rutas renovadas (y conflictivas) de suministro de materias primas y recursos geoestratégicos, donde el “libre flujo de mercancías” chocará con las restricciones y los nuevos alineamientos que emerjan de la guerra. Con Eurasia, en base al eje China/Rusia, como protagonista determinante.

La crisis del capitalismo global y el putinazismo

Mientras los propagandistas del bloque Estados Unidos/OTAN/Unión Europea utilizan la herencia judía de Volodymyr Zelensky para refutar las acusaciones de la influencia nazi en el gobierno del “servidor del pueblo” de Ucrania –asimilada a “desinformación rusa” en la nueva ortodoxia narrativa melodramática de los ‘comunicadores’ del “mundo libre, occidental y judeocristiano” de los regímenes Corona de excepción–, la terca realidad asoma con base en hechos concretos y verificables, y exhibe un rostro distinto a las simplificaciones maniqueas en la hora de la espectacularización de la política: “democracia vs. autocracia”, “Occidente vs. la barbarie del neozarismo expansionista”. Y la verdad comunicacional, que nunca es objetiva, indica que EU, la OTAN y la UE están del lado de los “nazis”.

Como advirtió de manera temprana (2018) William I. Robinson, tras la mayor dependencia de la economía global del desarrollo y despliegue de sistemas ubicuos de control social de masas, represión y guerra promovidos por diversas fracciones de la clase capitalista transnacional (capital financiero especulativo, complejo militar-industrial-securitario, las industrias extractivistas y el capital de alta-tecnología/digital) para obtener ganancias y seguir acumulando capital frente al estancamiento –“acumulación militarizada”–, asomaba el rostro del fascismo del siglo XXI. El neoliberalismo con esteroides del trumpismo, el *brexit* en Inglaterra y la proliferación de partidos y movimientos neofascistas y autoritarios en Europa –con su discurso xenófobo, de supremacía racial/cultural, un pasado mítico e idealizado, el milenarismo y una cultura militarista y masculinista que normaliza y glorifica la guerra, la violencia social y la dominación–, eran un conveniente recurso ultraderechista a la crisis estructural del capitalismo global.

En la coyuntura, con sus sanciones y censuras, su rusofobia desplegada y sus mentiras en formato épico-humanitario, la dictadura del pensamiento único neoliberal desembocó en el orwelliano “discurso único” de los estrategas de la “nueva realidad” plutocrática de Davos, con su deriva, el “putinazismo”, según la punzante expresión satírica acuñada por el siempre mordaz CJ Hopkins. Y dialécticamente, los “nazis ucranianos” (“nacionalistas” en la jerga propagandística occidental), agrupados en organizaciones extremistas como Pravy Sector (Sector Derecha), abiertamente antisemita y homófobo, y Svoboda (Libertad), singularizados en el Batallón Azov –y otras milicias privadas como los batallones Donbás, Aidar y Dnipro, DUK (Cuerpo de Voluntarios de Ucrania) y el C14, antigua ala juvenil del partido ultranacionalista Svoboda, autorizado a realizar pogromos, incluidas “purgas” de gitanos y ataques contra grupos feministas y LGBT con patrocinio del Estado–, son una burda tontería producto de la “propaganda rusa”, ya que Zelensky... es judío.

El paramilitar Batallón Azov existe. Y más allá de la histeria bélica, la guerra de propaganda al servicio de los intereses geopolíticos de los dos bandos y de la telenovelización del conflicto, desde 2014 el Batallón Azov es una unidad de la Guardia Nacional ucraniana financiada, entrenada y armada bajo la supervisión del entonces director de la CIA, John Brennan, y por Fuerzas Especiales del Pentágono (pese a la prohibición del Congreso), Gran Bretaña, la OTAN y la Unión Europea, según han documentado la BBC, *The Nation*, *Newsweek*, *Time*, *The New York Times* y *The Guardian*, medios insospechados de simpatizar con Rusia o militar en las filas de quienes adscriben la “teoría de la conspiración”. Otra fuente de financiamiento de los batallones Azov, Aidar y

Dnipro es el multimillonario mafioso ucraniano de la energía, Igor Kolomoisky, de ascendencia judía, principal apoyo de la candidatura presidencial de Zelensky en 2019.

Liderados por Andriy Biletsky, el “Führer blanco”, y Dimitro Yarosh, viejo agente de las redes secretas *stay-behind* de la OTAN (ver Daniele Ganser, *Los ejércitos secretos de la OTAN: La Operación Gladio y el terrorismo en Europa Occidental*) –con el visto bueno de la ex representante de EU en la OTAN, Victoria Nuland, quien como subsecretaria de Estado a las órdenes de Hillary Clinton y su sucesor, John Kerry, en 2014 orquestó la operación de “cambio de régimen” en Kiev conocida como “euroMaidán”–, y como forma de sabotear los Acuerdos de Minsk firmados con Alemania y Francia, el Batallón Azov fue enviado al Donbás a hacer prácticas de “tiro al ruso” con la mira puesta en los independentistas de Donetsk y Lugansk, en el marco de una campaña de “desrusificación” de Ucrania que, según las fuentes, en ocho años suma entre 14,000 y 22,000 víctimas asesinadas de habla rusa.

El Batallón Azov enarbola las ideas del agente profesional de Hitler, Stepan Bandera, jefe de los colaboracionistas nazis acusado de haber exterminado a 5,000 ucranianos y 15,000 judíos, cuyo cumpleaños fue declarado por Zelensky día de conmemoración oficial del nacionalismo ucraniano. Zelensky apoya la ideología de Bandera, según la cual la población ucraniana tiene dos orígenes: uno, escandinavo y protogermánico, y otro, eslavo. Solo los primeros son verdaderos ucranianos, los otros son “solo” rusos... subhumanos. En Internet se pueden encontrar fotos de milicianos del Batallón Azov sosteniendo la bandera de la OTAN y la esvástica, mientras su propio emblema contiene el sol negro del ocultismo nazi, que era el símbolo de las SS, cuerpo de élite del *Führer*, y la insignia lateral del rayo. Defensor de la “pureza racial de la nación ucraniana”, Biletsky, juró liderar a “las razas blancas del mundo en una cruzada final de supervivencia (...) una cruzada contra los subhumanos (*Untermenschen*) dirigidos por los judíos”.

El 16 de diciembre de 2021, la Asamblea General de la ONU adoptó una resolución propuesta por Rusia y patrocinada por una treintena de países sobre el combate a “la glorificación del nazismo, neonazismo y otras formas de racismo”. Obtuvo apoyo de 130 países y 49 se abstuvieron (entre ellos, los de la Unión Europea, el Reino Unido, Australia, Nueva Zelandia, Canadá, Corea del Sur y Japón). Solo Estados Unidos y Ucrania votaron en contra. Rusia ha presentado la misma resolución cada año desde 2015 y EU se ha opuesto con el argumento de que prohibir la «glorificación del nazismo» va en contra de la Primera Enmienda de la Constitución sobre la libertad de expresión. La censura a Rusia Today y Sputnik, hoy, desarma tal coartada.